



## **A la vacuna\***

**Andrés Bello**

Vasconcelos ilustre, en cuyas manos  
el gran monarca del imperio ibero  
las peligrosas riendas deposita  
de una parte preciosa de sus pueblos;  
tú que, de la corona asegurando  
en tus vastas provincias los derechos,  
nuestra paz estableces, nuestra dicha  
sobre inmuebles y sólidos cimientos;  
iris afortunado que las negras  
nubes que oscurecían nuestro cielo  
con sabias providencias ahuyentaste,  
el orden, la quietud restituyendo;  
órgano respetable, que al remoto  
habitador de este ignorado suelo  
con largueza benéfica trasmites  
el influjo feliz del solio regio;  
digno representante del gran Carlos,  
recibe en nombre suyo el justo incienso  
de gratitud, que a su persona augusta,  
tributa la ternura de los pueblos;  
y pueda por tu medio levantarse  
nuestra unánime voz al trono excelso,  
donde, cual numen bienhechor, derrama  
toda especie de bien sobre su imperio;

sí, Venezuela exenta del horrible  
azote destructor, que, en otro tiempo  
sus hijos devoraba, es quien te envía  
por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran  
desde la costa donde el mar soberbio  
de Magallanes brama enfurecido,  
hasta el lejano polo contrapuesto;  
y desde aquellas islas venturosas  
que ven precipitarse al rubio Febo  
sobre las ondas, hasta las opuestas  
Filipinas, que ven su nacimiento,  
de ternura igualmente poseídos,  
sé que unirán gustosos a los ecos  
de mi musa los suyos, pregonando  
beneficencia tanta al universo.  
Tal siempre ha sido del monarca hispano  
el cuidadoso paternal desvelo  
desde que las riberas de ambas Indias  
la española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios  
españoles produce el hondo seno  
del mar; y en breve tiempo, las adornan  
leyes, industrias, población, comercio.  
El piloto que un tiempo las hercúleas  
columnas vio con religioso miedo,  
aprende nuevas rutas, y las artes  
del antiguo traslada al mundo nuevo.  
Este mar vasto, donde vela alguna  
no vieron nunca flamear los vientos;  
este mar, donde solas tantos siglos  
las borrascas reinaron o el silencio,  
vino a ser el canal que, trasladando  
los dones de la tierra y los efectos  
de la fértil industria, mil riquezas  
derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo inteligente y numeroso  
el lugar ocupó de los desiertos,  
y los vergeles de Pomona y Flora  
a las zarzas incultas sucedieron.  
No más allí con sanguinarios ritos  
el nombre se ultrajó del Ser Supremo,  
ni las inanimadas producciones  
del cincel, le usurparon nuestro incienso;  
con el nombre español, por todas partes,  
la luz se difundió del evangelio,  
y fue con los pendones de Castilla

la cruz plantada en el indiano suelo.  
Parecía completa la grande obra  
de la real ternura; en lisonjero  
descanso, las nacientes poblaciones  
bendecían la mano de su dueño,  
cuando aquel fiero azote, aquella horrible  
plaga exterminadora que, del centro  
de la abrasada Etiopía transmitida,  
funestó los confines europeos,  
a las nuevas colonias trajo el llanto  
y la desolación; en breve tiempo,  
todo se daña y vicia; un gas impuro  
la región misma inficionó del viento;  
respirar no se pudo impunemente;  
y este diáfano fluido en que elemento  
de salud y existencia hallaron siempre  
el hombre, el bruto, el ave y el insecto,  
en cuyo seno bienhechor extrae  
la planta misma diario nutrimento,  
¡Infelices! e, y en vez de dones tales,  
nos trasmitió mortífero veneno.  
Viéronse de repente señalados  
de hedionda lepra los humanos cuerpos,  
y las ciudades todas y los campos  
de deformes cadáveres cubiertos.  
No; la muerte a sus víctimas infaustas  
jamás grabó tan horroroso sello;  
jamás tan degradados de su noble  
belleza primitiva, descendieron  
al oscuro recinto del sepulcro,  
Humanidad, tus venerables restos,  
la tierra las entrañas parecía  
con repugnancia abrir para esconderlos.  
De la marina costa a las ciudades,  
de los poblados pasa a los desiertos  
la mortandad; y con fatal presteza,  
devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza  
se ve de luto fúnebre cubierto;  
perece con la madre el tierno niño;  
con el caduco anciano, los mancebos.  
Las civiles funciones se interrumpen;  
el ciudadano deja los infectos  
muros; nada se ve, nada se escucha,  
sino terror, tristeza, ayes, lamentos.  
¡Qué de despojos lleva ante su carro  
Tisífone! ¡Qué número estupendo  
de víctimas arrastran a las hoyas  
la desesperación y el desaliento!

¡Cuántos a manos mueren del más duro  
desamparo! Los nudos más estrechos  
se rompen ya: la esposa huye al esposo,  
el hijo al padre y el esclavo al dueño.  
¡Qué mucho si las leyes autorizan  
tan dura división!... Tristes degredos,  
hablad vosotros; sed a las edades  
futuras asombroso monumento,  
del mayor sacrificio que las leyes  
por la pública dicha prescribieron;  
vosotros, que, en desorden espantoso,  
mezclados presentáis helados cuerpos,  
y vivientes que luchan con la Parca,  
en cuyo seno oscuro, digno asiento  
hallaron la miseria y los gemidos;  
mal segura prisión, donde el esfuerzo  
humano, encarcelar quiso el contagio,  
donde es delito el santo ministerio  
de la piedad, y culpa el acercarse  
a recoger los últimos alientos  
de un labio moribundo, donde falta  
al enfermo □nfelices hasta el consuelo  
de esperar que a los huesos de sus padres,  
se junten en el túmulo sus huesos.  
Tú también contemplaste horrorizada  
de aquella fiera plaga los efectos;  
tú, mar devoradora, donde ejercen  
la tempestad y los airados Euros  
imperio tan atroz, donde amenaza,  
aliado con los otros tu elemento  
cada instante un naufragio; entonces diste  
nuevo asunto al pavor del marinero;  
entonces diste a la severa Parca  
duplicados tributos. De su seno,  
las apestadas naves vomitaron  
asquerosos cadáveres cubiertos  
de contagiosa podre. El desamparo  
hizo allí más terrible, más acerbo  
el mortal golpe; en vano solicita  
evitar en la tierra tan funesto  
azote el navegante; en vano pide  
el saludable asilo de los puertos,  
y reclamando va por todas partes  
de la hospitalidad los santos fueros;  
las asustadas costas le rechazan,  
Pero corramos finalmente el velo  
a tan tristes objetos, y su imagen  
del polvo del olvido no saquemos,  
sino para que, en cánticos perennes,  
bendigan nuestros labios al Eterno,

que ya nos ve propicio, y, al gran Carlos,  
de sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron  
a tu morada los llorosos ecos  
del hombre consternado, y levantaste  
de su cerviz tu brazo justiciero;  
admirable y pasmosa en tus recursos,  
tú diste al hombre medicina, hiriendo  
de contagiosa plaga los rebaños;  
tú nos abriste manantiales nuevos  
de salud en las llagas, y estampaste  
en nuestra carne un milagroso sello  
que las negras viruelas respetaron.  
Jenner es quien encuentra bajo el techo  
de los pastores tan precioso hallazgo.  
Él publicó gozoso al universo  
la feliz nueva, y Carlos distribuye  
a la tierra la dádiva del cielo.

Carlos manda; y al punto una gloriosa  
expedición difunde en sus inmensos  
dominios el salubre beneficio  
de aquel grande y feliz descubrimiento.  
Él abre de su erario los tesoros;  
y estimulado con el alto ejemplo  
de la regia piedad, se vigoriza  
de los cuerpos patrióticos el celo.  
Él escoge ilustrados profesores  
y un sabio director, que, al desempeño  
de tan honroso cargo, contribuyen  
con sus afanes, luces y talento.  
¡Ilustre expedición! La más ilustre  
de cuantas al asombro de los tiempos  
guardó la humanidad reconocida;  
y cuyos salutíferos efectos,  
a la edad más remota propagados,  
medirá con guarismos el ingenio,  
cuando pueda del Ponto las arenas,  
o las estrellas numerar del cielo.  
Que de polvo se cubran para siempre  
estos tristes anales, donde advierto  
sobre humanas cenizas erigidos  
de una bárbara gloria los trofeos.

Expedición famosa, tú desluces,  
tú sepultas en lóbrego silencio  
aquellas melancólicas hazañas,  
que la ambición y el fausto sugirieron;  
tú, mientras que guerreros batallones

en sangre van sus pasos imprimiendo,  
y sobre estragos y rüina corren  
a coronarse de un laurel funesto,  
ahuyentas a la Parca de nosotros  
a costa de fatigas y desvelos;  
y en galardón recibes de tus penas  
el llanto agradecido de los pueblos.  
Con destrucción, cadáveres y luto,  
marcan su infausta huella los guerreros;  
y tú, bajo tus pies, por todas partes,  
la alegría derramas y el consuelo.  
A tu vista, los hórridos sepulcros  
cierran sus negras fauces; y sintiendo  
tus influjos, vivientes nuevos brota  
con abundancia inagotable el suelo.  
Tú, mientras la ambición cruza las aguas  
para llevar su nombre a los extremos  
de nuestro globo, sin pavor arrostras  
la cólera del mar y de los vientos,  
por llevar a los pueblos más lejanos  
que el sol alumbra, los favores regios,  
y la carga más rica nos conduces  
que jamás nuestras costas recibieron.  
La agricultura ya de nuevos brazos  
los beneficios siente, y a los bellos  
días del siglo de oro, nos traslada;  
ya no teme esta tierra que el comercio  
entre sus ricos dones le conduzca  
el mayor de los males europeos;  
y a los bajeles extranjeros, abre  
con presuroso júbilo sus puertos.  
Ya no temen, en cambio de sus frutos,  
llevar los labradores hasta el centro  
de sus chozas pacíficas la peste,  
ni el aire ciudadano les da miedo.  
Ya con seguridad la madre amante  
la tierna prole aprieta contra el pecho,  
sin temer que le roben las viruelas  
de su solicitud el caro objeto.  
Ya la hermosura goza el homenaje  
que el amor le tributa, sin recelo  
de que el contagio destructor, ajando  
sus atractivos, le arrebathe el cetro.  
Reconocidos a tan altas muestras  
de la regia bondad, nuestros acentos  
de gratitud a los remotos días  
de la posteridad trasmitiremos.  
Entonces, cuando el viejo a quien agobia  
el peso de la edad pinte a sus nietos  
aquel terrible mal de las viruelas,

y en su frente arrugada, muestre impresos  
con señal indeleble los estragos  
de tan fiero contagio, dirán ellos:  
«Las virüelas, cuyo solo nombre  
con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»  
Y le responderá con las mejillas  
inundadas en lágrimas de afecto:  
«Carlos el Bienhechor, aquella plaga  
desterró para siempre de sus pueblos».  
¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre  
con que ha de conocerte el universo,  
el que te da Caracas, y el que un día  
sancionará la humanidad y el tiempo.  
De nuestro labio, acéptale gustoso  
con la expresión unánime que hacemos  
a tu persona y a la augusta Luisa  
de eterna fe, de amor y rendimiento.  
Y tú que del ejército dispones  
en admirables leyes el arreglo,  
y el complicado cuerpo organizando  
de la milicia, adquieres nombre eterno;  
tú, por quien de la paz los beneficios  
disfruta alegre el español imperio,  
y a cuya frente vencedora, honroso  
lauro los cuerpos lusitanos dieron;  
tú, que, teniendo ya derechos tantos  
a nuestro amor, al público respeto  
y a la futura admiración, añades  
a tu gloriosa fama timbres nuevos,  
protegiendo, animando la perpetua  
propagación de aquel descubrimiento,  
grande y sabio Godoy, tú también tienes  
un lugar distinguido en nuestro pecho.  
Y a ti, Balmis, a ti que, abandonando  
el clima patrio, vienes como genio  
tutelar, de salud, sobre tus pasos,  
una vital semilla difundiendo,  
¿qué recompensa más preciosa y dulce  
podemos darte? ¿Qué más digno premio  
a tus nobles tareas que la tierna  
aclamación de agradecidos pueblos  
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena  
en sus bocas tu nombre!... ¡Quiera el Cielo,  
de cuyas gracias eres a los hombres  
dispensador, cumplir tan justos ruegos;  
tus años igualar a tantas vidas,  
como a la Parca roban tus desvelos;  
y sobre ti sus bienes derramando  
Con largueza, colmar nuestros deseos!

\* Poema en acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al señor Don Manuel de Guevara Vasconcelos, presidente gobernador y capitán general de las provincias de Venezuela

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

